

GÉRARD BÉAUR

Histoire agraire de la France au XVIIIe siècle. Inerties et changements dans les campagnes françaises entre 1715 et 1815.

Éditions Sedes, 2000, 320 páginas.

Frente al modelo inglés de “revolución agraria” basada en la gran propiedad que produce para el mercado, capitalizada, mecanizada y con trabajo asalariado, ¿existió un modelo francés alternativo? ¿Ha habido históricamente en Europa un modelo de crecimiento del producto agrario que permitió alimentar a una población en constante aumento sin sacrificar la pequeña propiedad y los derechos colectivos? ¿o estamos ante un mito de la historiografía?. Y ¿en que habría consistido esta “revolución agraria francesa”? ¿De pequeñas innovaciones acumulativas en la tecnología, en la gestión, en la organización del trabajo? ¿O no hubo cambio alguno?

Gérard Béaur, autor de distintos trabajos sobre el periodo revolucionario, nos promete en la introducción una síntesis de las obras clásicas y a la vez una relectura personal de lo mucho publicado sobre la agricultura y el campesinado francés, en un siglo que se extiende “de 1715 à 1815, de la mort du Gran Roi à Waterloo”, reivindicando una ‘historia del cambio’ (sobre todo de los ocurridos en la segunda mitad del XVIII), pero que resista la tentación de las interpretaciones esquemáticas de la Revolución como fecunda creadora o salvaje destructora de un determinado modelo de organización de la producción. El libro tiene ocho capítulos y una conclusión y sigue una estructura temática más que cronológica; remite para el conocimiento básico de la agricultura francesa a la lectura de *La terre et les paysans en France et en Grand*

Bretagne aux XVIIe et XVIIIe siècles, de Jean-Pierre Poussou, y, para la ganadería, al de *L'Élevage sous l'Ancien Régime, XVIIe-XVIIIe siècles*, de Jean-Marc Moriceau.

El primer capítulo está dedicado a la “Propriété”. Las ambigüedades que rodeaban la definición legal de la propiedad en el Antiguo Régimen desaparecen con el Código Civil de 1804, que la definió como “le droit de disposer des choses de la manière la plus absolue” (p. 19), si bien algunos revolucionarios defienden que la venta de bienes nacionales tenga un efecto redistribuidor que acabe con la miseria (Saint-Just) o incluso atacan la concepción burguesa de propiedad (Babeuf). Al retratar la distribución de la propiedad, Béaur propone como media para Francia entre un 6 y un 10% en manos de los clérigos; entre el 20 y el 25 % en manos de la nobleza, del 20 al 30 % en manos de la burguesía, y cerca de un 40 % en manos del campesinado (p. 23). La propiedad campesina era inversamente proporcional a la calidad del terreno y a su cercanía de las ciudades, estaba muy gravada por cargas y era, en un alto porcentaje, tan pequeña que no permitía a la familia campesina mantenerse excepto recurriendo al trabajo asalariado: “ce sont les neuf dixièmes des ruraux qui n'ont pas assez de terres en propre pour vivre”, especialmente en zonas de viñedo (p. 29). Esto explica que los proletarios “puros” sean pocos, raramente más del 20%, en parte causados por el crecimiento demográfico y el sistema de herencia,

aunque en algunas zonas cercanas a las ciudades llegaban al 75% por la tendencia de nobleza y burguesía a apropiarse de los comunales. Las mejoras en la propiedad campesina en la segunda mitad del XVIII fueron, en el mejor de los casos, muy modestas, lo que, unido al crecimiento demográfico, tuvo "des effets dévastateurs". Durante la Revolución y el Imperio, el progreso, allí donde pueden aprovecharse de la venta de bienes nacionales, sigue siendo pequeño, un 6% de la tierra, si bien "le nombre de propriétaires a certainement explosé", pasando de 4 millones antes de 1789 a 6,5 en 1825 (p. 34). Mas que favorecer la pulverización de los grandes patrimonios, la Revolución interrumpió el movimiento de concentración agraria iniciado en el siglo XVIII.

El capítulo 2, "Propriétaires", constata las dificultades a las que se enfrenta el análisis de los sistemas de herencia, dada la inmensa variedad de sistemas locales y regionales, y estudia las relaciones entre los dos sistemas básicos (igualitario y primogenitura), el mercado de la tierra y el producto agrario, para reivindicar, frente a la tradición historiográfica, la validez económica del modelo de partición igualitaria. Se analiza también el "mercado extraordinario" que supone la confiscación de tierras (bienes nacionales), que en gran parte se hace a costa de los comunales y supone por tanto una pérdida de recursos para los campesinos más pobres ("La question des biens nationaux. Une défaite paysanne?"). El capítulo 3, "Pratiques collectives et communales", centrado en el periodo posterior a 1789, es interesante por el esfuerzo en ir más allá de la visión de "señores y campesinos" al analizar el acceso a los bienes comunales. La Revolución oscilará entre propiciar la libertad absoluta del propietario privado, la abolición de los derechos

colectivos de pasto y la partición de comunales (posición vista por la influyente escuela agronómica ilustrada como la más favorable al crecimiento agrario), y la presión del pequeño campesinado, que reivindica la devolución de los comunales expropiados y cerrados durante el XVIII y los derechos colectivos perdidos (y que tiene a su favor el temor de los gobernantes revolucionarios a una clase pobre y desposeída cada vez más numerosa). La presión por la partición de los comunales fue mayor allí donde los campesinos pobres estaban excluidos de su uso, y donde los comunales representaban una extensión media, ni esencial para la economía local ni insignificante. Pero las diferencias ante la venta de los comunales no enfrentaban sólo a los aspirantes a agrandar sus propiedades y a los campesinos que no querían perder lo poco que tenían, sino también a los campesinos que querían vender (porque no tenían ganado para pastar ni capital para roturar, o porque sus municipios endeudados les agobiaban con impuestos, o porque así podían acceder a la tierra, vía reparto o compra) y a los que no querían, sobre todo los de zonas de montaña que aprovechaban intensamente los pastos y bosques. En cualquier caso, para medir el valor económico de los comunales se utiliza un indicador muy discutible que es la productividad del trigo por Ha., que no tiene sentido para las zonas de montaña: el mismo autor afirma (p. 89) que es la utilidad de los pastos para los pequeños propietarios de ganado lo que explica en estas zonas el mantenimiento de los comunales.

El capítulo 4, "Paysannerie et exploitation", es decepcionante: un cajón de sastre donde caben los tipos de campesinos, de contratos, el endeudamiento, los ciclos de vida y los niveles de vida. Las páginas

que dedica a esta última cuestión son tres y pobrísimas, con vaguedades basadas en testamentos, ignorando las muchas publicaciones que permiten reconstruir con detalle los patrones de consumo y trabajo campesinos (por ejemplo, Jean Vassort, *Les papiers d'un laboureur au siècle des lumières. Pierre Border: Une culture paysanne*, Champ Vallon, 1999). Esta desatención es más llamativa cuando en el balance del capítulo siguiente, dedicado al crecimiento de la productividad, el argumento final para apoyar la tesis de un crecimiento al menos moderado es "las mejoras en el nivel de vida (cap. 4)". El capítulo 5, "Productivité", plantea lo ambiguo del concepto y las contradicciones entre los historiadores, pero de los estudios que se presentan no es posible sacar conclusión alguna, y "desconcierto", "ambigüedad" y "contradictorio", palabras utilizadas profusamente por el autor en estas páginas, embargan también al lector. No sólo ignora trabajos muy conocidos, como el artículo de G. Grantham ('The growth of labour productivity in the production of wheat in the *Cinq Groses Fermes* of France, 1750-1929'), o el libro de O'Brien y Keyder (*Economic growth in Britain and France 1780-1914: two paths to the twentieth century*), sino que basa la tesis final de un crecimiento moderado (p. 166) no en la evidencia directa de una mayor productividad, sino en la evidencia indirecta de mejoras en el nivel de vida, que no ha documentado en el capítulo anterior.

El capítulo 6, "Productions", analiza la *agromanie* ilustrada y sus propuestas de modernización inspiradas en el modelo inglés: la supresión del barbecho (al que los contemporáneos acusaban de hacer improductivo un tercio del suelo cultivable), y su sustitución por plantas forrajeras, la expansión de los cultivos indus-

triales y de los sustitutivos del trigo, las mejoras en la ganadería. Tras la crisis revolucionaria, el régimen imperial reaviva el interés por la agricultura, imponiendo una cuota de producción remolachera a los departamentos e impulsando "la première véritable enquête agricole, celle de 1814". A pesar del escepticismo que cabe sobre el efecto real que tienen sobre la producción las iniciativas bienintencionadas de la elite y los experimentos de los científicos, a finales del siglo XVIII los indicios de la modernización parecen claros: el retroceso del barbecho, la expansión de las praderas artificiales (las explotaciones que cultivan esparceta, trébol o alfalfa pasan del 50% a mediados del siglo a cerca del 80% en los años 1780, p. 178).

Todas estas innovaciones se producen con especial intensidad en tres zonas: la región norte, junto a la frontera belga, y los ejes del Garona y del Ródano. La producción de abono, siempre insuficiente, se habría beneficiado del aumento de la caballería urbana, especialmente en París (16.500 caballos en 1789), que produce un circuito de venta de paja y avena y recuperación de estiércol muy beneficioso. La adopción de nuevos útiles de labranza, documentada por los testamentos, es lenta pero evidente, así como la expansión de los sustitutos del trigo, como la patata y el maíz. Entre 1720 y 1789, la expansión del viñedo se concreta en un crecimiento de la superficie del 25%, de la producción en un 50%, y unos rendimientos medios de 20 hl/ha, además de en la mejora de la calidad para satisfacer a los mercados urbanos y exteriores. El ganado, por último, presenta incrementos importantes en el número de cabezas, pero sobre todo mejoras cualitativas, como la difusión de los merinos a partir de ejemplares españoles.

Todas estas mejoras se produjeron, no obstante, lentamente y con marcadas diferencias regionales.

El capítulo 7, "Prélèvements", trata de las 'multiples amputations du revenu brut' que suponen las exacciones propias del sistema feudal, que detraían una parte de la renta agraria que habría sido fundamental reinvertir, entre el 1% y el 10% del producto neto (p. 224). A la fuerte contestación campesina a estas exacciones respondió la 'reacción feudal' (a través de la expansión de sus dominios, la recuperación de derechos y el endurecimiento de la gestión económica), que para la historiografía reciente se debió mas bien a "une prise de conscience de la stagnation des revenus féodaux et à l'exploitation d'une conjoncture favorable" (p. 232). El diezmo, normalmente inferior al 1/10, supone sin embargo una suma equivalente a los dos tercios de los impuestos indirectos, y permite que anualmente la Iglesia absorba el 12 del producto neto de las explotaciones agrarias (p. 235). Y en cuanto a los impuestos, eran los campesinos quienes pagaban la mayor parte de los directos, además de los indirectos, que alimentan un intenso contrabando. Los intentos de reforma de la imposición directa, desde el *impôt foncier* único defendido por los fisiócratas hasta el *vingtième*, chocan con los intereses de los privilegiados y con la falta de información sobre la base imponible, en ausencia de algo similar al catastro promovido por el marques de la Ensenada para la Corona de Castilla (el que inicia en 1807 Napoleón tarda 40 años en acabarse). La "enorme redistribution des revenus qui se produit pendant la Révolution" (con la abolición de las rentas señoriales y el diezmo, la confiscación de los bienes nacionales y la transformación del sistema fiscal al adoptar la Asamblea Constituyente de

1789 el principio de igualdad ante la imposición) se estudia en una páginas finales llenas de interés.

El capítulo 8, "Prix, revenus et conjuncture", es en gran medida una revisión de las tesis clásicas de Labrousse sobre las crisis de subsistencia. Mientras que hay acuerdo sobre la dinámica de la crisis de subsistencia, no lo hay sobre su impacto demográfico ("La relation de cause à effet entre crise frumentaire et crise démographique n'est pas aussi claire qu'on l'avait supposé a l'origine", p. 258), ni sobre sus causas, mas allá de las condiciones meteorológicas, cuyo peso se reivindica. El peso del factor institucional tampoco es evidente, como no lo fue para los contemporáneos, divididos entre partidarios de la intervención del Estado (Necker) y de la libertad de comercio (fisiócratas), lo que explica que la liberalización de la circulación de granos a partir de 1763 estuviera siempre a merced de la coyuntura. De las tesis de Labrousse se ha cuestionado (Landes 1950) que la disminución de las rentas campesinas provocara una contracción en la demanda de bienes manufacturados (el mecanismo según el cual las malas cosechas se habrían convertido en crisis), y más recientemente, que el *intercycle* de bajos precios entre 1771 y 1785 arruinara la producción vitícola: Morineau ha destacado los beneficios conseguidos, al menos por los vinos de calidad, tras el tratado de comercio franco-inglés de 1786. Detrás de la crítica al modelo Labrousse se perfilan, para Béaur, postulados como el de la inelasticidad relativa de la demanda de trigo y la debilidad del consumo popular de productos industriales. El optimismo de "l'interprétation anti-labrous-sienne" es útil para superar una visión excesivamente mecanicista de las crisis, pero excesivo: el tratado con Inglaterra

habría beneficiado la exportación de vino de calidad, pero dejando las manufacturas francesas a merced de la competencia inglesa, "plaçait la France en position de fournisseur de produits bruts et d'acheter de produits fabriqués." (p. 275).

En cuanto a la evolución de los precios del trigo, que sufren un alza sostenida durante el siglo XVIII, el problema está en su interpretación. Las alzas de precios ¿reflejan fases de expansión de la producción o una economía sometida a las crisis de subsistencias? Si aumentaron en el XVIII porque la producción crecía, ¿por qué entonces bajan en el XIX, cuando la producción sigue aumentando de forma sostenida? Para Béaur, las alzas de precios responden a multitud de factores, pero es evidente que la demanda creciente provocada por el crecimiento de la población no podía ser satisfecha por una oferta cuya elasticidad era reducida (p. 283). Un alza de precios, por otro lado, que absorbe en gran parte el crecimiento impresionante de la renta de la tierra, que como media se dobla durante el siglo. En cuanto a los salarios, a pesar de la limitada representatividad de los monetarios, su evolución fue siempre por detrás de precios, rentas e impuestos, lo que supuso en términos reales un descenso del 25% en medio siglo; esto explica la vulnerabilidad extrema de los jornaleros ante las crisis y su dependencia de las actividades no agrarias para subsistir. La Revolución, que movilizó al 10% de la mano de obra masculina, facilitó el aumento de los salarios agrarios, lo que probablemente frenó el éxodo rural.

La Conclusión contesta a tres preguntas: en primer lugar, "Le XVIIIe siècle, une rupture?". Béaur afirma que fue más bien "l'accumulation des petits progrès" (nuevos cultivos, mejoras tecnológicas y en la

gestión), y su coincidencia con la progresiva disminución de las crisis de subsistencias, lo que permitió alimentar a 30 millones de franceses en lugar de a 22, una expansión que la explosión de finales de siglo, conjunción fortuita de crisis política, financiera y económica, no cuestiona. En segundo lugar, "Une révolution paysanne?". Frente a la visión clásica de la Revolución que habría liberado a los campesinos, "Il est de bon ton maintenant de minimiser cette action émancipatrice et de montrer que les paysans ont finalement peu gagné", que las reformas agrarias revolucionarias sólo beneficiaron a los propietarios y a la burguesía rural (p. 297). Pero, de nuevo, "c'est sur l'accumulation des petits gains qu'il faut attirer l'attention": pequeñas ganancias en la venta de bienes nacionales, en la privatización de comunales, menores rentas e impuestos, alza de salarios. Pero también está la otra cara de la moneda: la pérdida de las instituciones tradicionales que habían protegido a los más pobres, ahora completamente a merced de unos mecanismos de mercado liberados de toda restricción. Traicionados por la Revolución, ¿militaron los campesinos en un frente anticapitalista, como querían Lefebvre y la tradición marxista, o se convirtieron, como afirmaban Soboul y los historiadores de la 'vía francesa', en los verdaderos representantes del capitalismo agrario, un capitalismo de pequeñas y medianas explotaciones? ¿O fue la Revolución, como denuncian los partidarios del modelo inglés, la causa del atraso francés en alcanzar una agricultura competitiva, consolidando pequeñas explotaciones ineficaces y entorpeciendo la formación de una oferta de trabajo asalariado?. Confirmando la idea latente en todo el libro, la tercera pregunta es: "Et l'Angleterre?". Para Béaur, la historiogra-

fía reciente cuestiona el mito de los dos modelos agrarios opuestos, fundado sobre los testimonios de Arthur Young. El modelo francés "était seulement un peu moins performant économiquement, tandis que son 'coût social' était, à tout prendre, un peu moins élevé." (p. 302).

Creo que las dos objeciones que pueden hacerse a este libro son el tratamiento poco equilibrado de los problemas, con capítulos minuciosos y llenos de interés que se alternan con otros, como el 4 y 5, muy poco convincentes, y sobre todo el que su objetivo central sea cuestionar el "mythe d'une révolution agricole anglaise unique au monde et d'une agriculture anglaise seule initiatrice du progrès", lo que tiene un aire a sentimiento nacional herido que resulta algo pueril. La respuesta de Béaur al "mito" se resume en que

"Inglaterra no lo hizo tan bien, ni Francia lo hizo tan mal", lo que es simplista y contradice el tono general del libro, que afirma en todo momento la complejidad de los problemas.

A pesar de ello, el libro resulta una introducción utilísima a los debates de la historiografía agraria francesa y a los problemas de la agricultura del siglo XVIII en general. Y tiene el valor metodológico de esforzarse por construir una historia que integra todos los problemas y las hipótesis, que enfrenta las tesis clásicas con las conclusiones de los estudios locales, y que otorga tanto valor a la forma en la que se plantean los problemas como a las soluciones.

Carmen Sarasúa

Universitat Autònoma de Barcelona

MANUEL GONZÁLEZ DE MOLINA

La Historia de Andalucía a debate I. Campesinos y jornaleros. Una revisión historiográfica.

Anthropos, Barcelona, 2000, 350 páginas.

Bajo el patrocinio del Centro de Investigación "Ángel Ganivet", se han llevado a cabo unos encuentros sobre la Historia Contemporánea de Andalucía, que han dado lugar a esta obra, primer volumen de los tres que recogen los frutos de los debates. Manuel González de Molina, que se encarga de la edición del libro, expresa en la introducción la voluntad de superar, con el conjunto de investigaciones que presenta, lo que llama la "interpretación convencional" asentada sobre la Andalucía contemporánea. La revisión historiográfica que se ha venido desarrollando sobre el ámbito de estudio

en los últimos veinte años, constituye para el autor una efectiva reconsideración de ciertas convicciones asentadas sobre el papel pasivo del campesinado en el proceso histórico.

Más allá de una mera labor introductoria, González de Molina procede a una deconstrucción del modelo tradicional de interpretación (basado en el estructuralismo marxista y las teorías de la modernización) para conformar su propia visión de la comunidad campesina. Con el concepto de grupo doméstico campesino, unidad de análisis que emplea el autor, se pretende contextualizar históricamente el